



TERRORISMO Y MORAL SOCIAL: REFLEXIONES SOBRE LA PRIMERA GUERRA DEL SIGLO XXI

Pedro F. Hernández Ornelas

Quizá nunca como en estos días, quienes sentimos inquietud por conocer algo más a fondo la naturaleza del acontecer social y político nos vemos confrontados por algo que en varias ocasiones nuestros análisis tienden a separar del terreno científico: el carácter moral de la vida en sociedad. La moral es parte esencial de la vida humana porque todas sus actividades revelan —en su finalidad formal o implícita— responsabilidad y libertad, incólumes o vulneradas muchas veces, pero, al fin y al cabo, siempre allí, en lo más íntimo de la interioridad de todo actor social y, consecuentemente, en las orientaciones y en los cambios de la vida de sus instituciones.

El reconocimiento de este axioma —por lo demás fundamental en la construcción de toda visión de lo social— va unido a un evento que me parece revelador y muy importante en nuestra experiencia: la dimensión moral de nuestra vida se revela a la conciencia humana no únicamente como responsabilidad en el actuar ni sólo como voluntad para hacerlo o desearlo, sino también como un existir en una tensión interior entre seguridad y libertad: entre saber sin errores lo que la mente alcanza y con ello dar a mi voluntad la certeza de que eso es precisamente lo que perfecciona, lo que me conviene o me potencia como ser humano (en su dimensión total, personal y social). Creo que sin esa vivencia nunca llegaremos a entender la intuición de un Hegel que describirá la historia humana como la historia de la libertad; o la pasión de un Marx por desterrar de la vida social la vileza de la explotación que enajena la libertad, o de un Gandhi muerto a manos de un fanático que pretendía liberar a la India de su

propio libertador... junto a ellos podríamos recordar también a una pléyade de personajes que han merecido eterna memoria en todas las culturas.

Me parece que sobre ese horizonte, el de la tensión existencial moral de la vida humana, hay que intentar nuevas lecturas de los acontecimientos que recientemente han convulsionado nuestra existencia planetaria y han empezado a cambiar los rumbos más o menos previstos de una época nueva llamada de la globalización, pretendidamente definida como la comunicación eficaz y total de intereses y actividades en todas las culturas... pero según los intereses de quienes ahora tienen en sus manos la concentración del poder financiero/industrial sobre todos los pueblos. Acontecimientos que nos han venido a revelar, con más claridad que antes, dos fanatismos y dos terrorismos de dimensiones francamente inimaginadas y terribles.

Las raíces de todo fanatismo no son necesariamente las mismas en todos los pueblos. A lo largo de la historia de las culturas, la experiencia y la presencia de héroes y profetas o visionarios religiosos ha modificado de múltiples maneras y en diversos espacios la conciencia y los imaginarios sociales del mito y de las enseñanzas religiosas; con ello también las configuraciones de sus valores y sus escalas de importancia. Eso ha repercutido en diferentes acepciones y concepciones de la tolerancia y el pluralismo en la vida de las comunidades que forman los pueblos actuales del mundo. Por consiguiente no podemos identificar una religión o creencia religiosa con el fanatismo. Sin embargo, una cosa sí revelan tener en común los fanatismos, tanto los que surgen estrictamente de la relación con lo sagrado como los que suplantán esa relación dando respuestas totales y fácilmente accesibles a las mayorías de cada pueblo sobre su condición, sus privaciones, sus fortalezas y su futuro: es el caso de los fanatismos que han sido capaces de suscitar en grupos inmensos de gente de muy variadas culturas no pocas ideologías del comunismo y el consumismo, o sus versiones supuestamente de más estatura intelectual, el materialismo o el neoliberalismo... ambos pretendidamente científicos y a veces encarnados en movimientos que abanderan grupos sociales muy importantes pero duramente dogmáticos e intransigentes, sencillamente intocables; ambos con una respuesta en apariencia total, deslumbrante, ante los retos y las necesidades del mundo actual. ¿No tienen ambos un

paralelo bastante perceptible con los más puros y exigentes credos religiosos de la humanidad cuando se convierten en movimientos fanáticos?

Si aceptamos la realidad de esa experiencia vivencial humana que está en la raíz de la vida moral de la humanidad (la existencia misma como tensión entre la seguridad y la libertad) no es quizá muy difícil vislumbrar algunas de las raíces del terrorismo, el cual ante todo, siempre tendrá una base transparente de fanatismo. A este último, sin embargo, el terrorismo agrega un componente nuevo: la oposición contra quienes no sólo no lo profesan sino que abiertamente lo rechazan, se transforma en algo no ya contrario, sino contradictorio a su identidad misma. Con ello, si la inercia de la contradicción es la eliminación del otro, el fanatismo proporcionará al terrorista la justificación completa de su actividad contra aquél.

Aparentemente, el círculo del análisis se ha cerrado y tal vez hemos llegado a un rincón oculto en las raíces del terrorismo. Pero hay algo más. Los fanatismos religiosos y quizá en mayor medida los fanatismos pseudoreligiosos mienten profundamente en su actividad proselitista. Voy a tomar el caso de la ideología neoliberal exacerbada ya en varias formas de fanatismo que se encarna en movimientos y partidos políticos. En ella se promete el respeto total a las decisiones de todos, bienestar para todos y empleo productivo gracias a la educación adecuada, satisfacción de anhelos y respuesta a necesidades básicas (en cuyas garras sufren ahora el hambre, la desnutrición, el exilio, la miseria, etc.; más de un tercio de los seres humanos). Cuando el pobre, el marginado, llega a descubrir que ha sido víctima de engaño por la mentira, el resultado es lo que en el pensamiento escolástico Tomás de Aquino llamaba la "contumelia": el insulto a la misma identidad y honor de otra persona. Y tras ella, el despertar de la ira puede llegar a ser indomable. Y todo eso acontece en el contexto del terrorismo que se alimenta, además de la mentira, necesariamente también del radicalismo propio de todo fanatismo.

Reflexionemos, por último, que los fanatismos no serán nunca fantasmas. Son realidades sociales perversas que alimentan otras realidades aún más graves: comenzando por el terrorismo en sus varias formas. Y esas realidades, en el fondo son consecuencias sociales de la mentira, que en su dinámica compleja es, finalmente, un insulto al ser humano:

una creación de falsas expectativas alimentada por otras realidades humanas tan perversas como el fanatismo. Entre ellas, especialmente las múltiples formas de voracidad y de anhelo de poseer más allá de lo que sustenta en los humanos el anhelo verdadero y legítimo de ser. Las consecuencias de esa voracidad son más altas que las Torres Gemelas: son el insulto y la violencia contra nuestros congéneres humanos, el olvido y la desesperación frente a la fraternidad... aquel ideal que pretendió inspirar el nacimiento de una nueva época en la modernidad, la Revolución francesa y que ha venido inspirando las grandes religiones de la humanidad, ahora quizá más actuales que nunca.